

## EL BANQUETE DE AGATÓN

PEDRO S. HERNÁNDEZ SANTOS

Ya la negra noche empezaba a ocultar con su brillante manto salpicado de estrellas toda la polis. Los invitados, engalanados y perfumados después de haber pasado la tarde entera preparándose en las termas, salían de sus casas dispuestos a disfrutar de una gran reunión en casa de Agatón, el *fullone*. Para algunos iba a ser la segunda consecutiva a pesar de haber llegado a sus casas no antes de que el gallo, dador de vida, hubiera entonado su desagradable y estridente canto, habiendo permanecido acostados en sus lechos hasta casi la hora quinta<sup>1</sup>, y de no haber sido invitados directamente por los esclavos de Agatón. En realidad, eso no suponía un óbice para asistir al evento ya que solía ocurrir que la mayoría de los invitados llevaban a sus propios invitados, por lo que podían dormir hasta después de la hora de la comida. Existía, además, una tercera clase de invitados: el parásito, que siempre estaba dispuesto a llenar su estómago con ricos manjares pagados por otros y por eso no le importaba tener que visitar varias termas para dejarse invitar a cenar por un anfitrión que hartado de soportar sus alabanzas lisonjeras acabará invitándolo para dejar de soportarlo y poder disfrutar del baño.

Agatón tenía fama de ofrecer grandes simposios a sus invitados, de ahí el gran número de ciudadanos que solía asistir, últimamente, a sus cenas. El simposio era el momento preferido por los romanos para beber juntos el vino y mantener relaciones sociales con otros ciudadanos, es decir, civilizarse.

---

<sup>1</sup> Aproximadamente las 11:00 a.m.

Constituía un encuentro muy agradable, en el que el placer de la buena comida, la degustación de los mejores productos de Baco, la visión de algún espectáculo de danza y la conversación con los amigos se unían para conseguir que los invitados pasaran una gran noche y, de paso, mostrar la riqueza y posición social del anfitrión. Para conseguir alargar estos encuentros y diferenciarse de los bárbaros, bebían el vino mezclado con agua, reduciendo de este modo el alto contenido alcohólico que tenía el vino puro. El vino, tomado de una forma moderada, producía fluidas y amenas conversaciones, pues tenía un efecto liberador de la inhibición, pero si se abusaba de él podía provocar la locura en los hombres, volviéndolos muy violentos y arruinando la velada, por eso Agatón, que no soportaba a los borrachos, ordenaba a sus sirvientes escanciar el vino muy rebajado a los invitados que se hubieran tomado más de tres copas, pues una vez escuchó a un sabio decir a propósito de un banquete que la primera copa era para aplacar la sed, la segunda para provocar la alegría, la tercera, para el placer y la cuarta para la locura.

Era nuestro anfitrión un hombre no demasiado alto; ni gordo ni flaco, vigoroso en todo caso, de pelo moreno, con ojos claros y despiertos, nariz importante y con forma de triángulo escaleno. Solía llevar una barba no demasiado poblada y rizada, que contrastaba con la escasez de cabello de su resplandeciente cabeza. Pero el rasgo que más sobresalía de su aspecto físico era que tenía, como muchos de sus compatriotas celtiberos, unos dientes tan resplandecientes y blancos que parecían un faro encendido en el túnel de la noche oceánica, guiando los ojos de quien hablara con él a ese punto de su rostro. Años atrás, había sido un varón musculoso, atractivo tanto para los hombres como para las mujeres, lo cual le sirvió para conseguir favores y privilegios y (la belleza es lo que tiene, que aparte de ser efímera tiene dos caras, una buena y otra mala...) algunos disgustos ocasionados por la envidia y los celos de sus compañeros.

Este tintorero - de ahí su apodo - había conseguido progresar hasta una posición jamás esperada ni soñada por él en sus cortos, pero intensos, sueños de la infancia. Y es que la mayor parte de su vida, como la de los demás esclavos, había transcurrido de una

forma muy dura. Su abuelo, al que no había conocido, un campesino vacceo<sup>2</sup> de la zona de Arbucala<sup>3</sup>, había sido hecho prisionero en el año 138 a.c. y llevado a Roma como esclavo para festejar el triunfo del pretor Lucius Postumius Albinus, quien había conseguido conquistar a los vacceos y a los lusitanos durante su mandato en la provincia de Hispania Ulterior. Hilerno, ese era su nombre, había destacado en la batalla no sólo por haber luchado con mucho valor sino también con gran destreza: con su espada de dos filos, endurecida por el moho de la madre tierra, había conseguido mandar al Averno antes de tiempo a un importante número de fieros legionarios romanos, los soldados más preparados y temidos. Esa valentía y destreza mostradas por Hilerno fue lo que impulsó al pretor a no condenarlo a morir en la cruz, como a la gran mayoría de los supervivientes, decidiendo que formara parte del desfile triunfal, aumentando así el valor de su triunfo. Él habría preferido mil veces morir en la batalla antes que vivir privado de lo único que le quedaba: la libertad, esa invisible cadena que le sujetaba a la vida, la única que estaba dispuesto a soportar. Perdida ésta, sentía que ya no había ninguna carga que le hiciera tener los pies sujetos al suelo mientras el mundo no paraba de girar y decidió, como la mariposa que abandona la crisálida para empezar una nueva vida plena y libre, liberar su alma. Así, cuando todavía no habían pasado tres meses de su nueva condición como esclavo, consumidos maldiciendo todos los días el paso de las horas e implorando a las parcas que cortaran su hilo vital de forma prematura, recuperó su independencia gracias no a las parcas sino a unas hierbas tóxicas, pues aquellas, acostumbradas a ruegos completamente diferentes por parte de los desesperados mortales, no atendieron sus súplicas y siguieron hilando su vida.

Pero antes de eso, su dueño le había obligado a aparearse con algunas de sus jóvenes esclavas. No era un premio ni un gesto de hospitalidad. Simplemente quería aumentar el número de esclavos para conseguir más ingresos tras su venta y el domine<sup>4</sup> veía en Hileno a ese semental que perpetúa todas y cada una de sus cualidades a través de sus numerosos vástagos. Soñaba incluso con poder conseguir un gran gladiador que le reportara una bolsa llena de denarios.

---

<sup>2</sup> Pueblo celtíbero.

<sup>3</sup> La actual villa de Toro (Zamora).

<sup>4</sup> Dueño, amo.

Pero ese no era el sueño de Hilenio. Era, en realidad, su peor pesadilla. Él detestaba su nueva vida como esclavo pero detestaba aún más ser el responsable y procreador de otros nuevos esclavos. Así, cada vez que era obligado a yacer junto a una esclava, ofrecía una cierta resistencia al principio, que poco a poco iba desapareciendo hasta que, al final, acababa sucumbiendo a sus instintos masculinos irrefrenables. Después, llevado por un gran sentimiento de culpa, rogaba con lágrimas a los dioses que esa relación que acababa de tener no fuera fructífera, y que la semilla, que acababa de plantar, no creciera en el vientre de esa mujer.

Por fortuna para él, murió sin saber que en uno de sus apareamientos los dioses no escucharon o no hicieron caso de sus ruegos y la semilla germinó. Meses más tarde, casi diez, la esclava con la que más veces se había apareado trajo al mundo, para disgusto del domine, otra nueva esclava para Roma: su hija Marcia.

Era esta una criatura tan hermosa, lo que le salvó de ser vendida por su dueño, que se decía que su madre era la mismísima Venus, la diosa del amor, del deseo, de la pasión, la diosa salida de la espuma del mar, producto de la extraña mezcla formada por los castrados genitales de Urano, a manos de su hijo Saturno, y las saladas aguas marinas. Tenía el pelo moreno y con tantos rizos que cuando la mirabas te venía a la mente, de un modo súbito, la imagen de la arena de la playa que, tras ser golpeada bruscamente por la marea, se queda cuarteada y se convierte en una efímera imagen de las olas, vamos que tenía el pelo lleno de caracoles; poseía unos ojos tan grandes y tan verdes que, al mirarlos, entraban unas terribles ansias de comer aceitunas de la Bética; el color moreno de su piel era otro de los rasgos que la hacían tan hermosa y tan sobresaliente con respecto a sus otras compañeras esclavas. Como recuerdo de sus orígenes hispanos, poseía una dentadura resplandeciente e impoluta (herencia paterna) y un deseo de libertad que le costó mucho olvidar, pero que volvió a renacer en lo más profundo de su alma cuando su pequeño hijo, Agatón, le sonrió por primera vez, llevándole veloces, cual perro de caza, a su mente los versos del poeta Virgilio que recientemente había escuchado:

*Incipe, parve puer, risu cognoscere matrem*

*(matri longa decem tulerunt fastidia menses)*

*incipe, parve puer: qui non risere parenti,*

nec deus hunc mensa, dea nec dignata cubili est<sup>5</sup>.

Por las otras esclavas sabía que no debía encariñarse mucho con su hijo porque éste era propiedad del domine y en cualquier momento podía ser vendido, abandonado o lo que a él le apeteciera hacer. Pero Marcia no podía reprimir sus instintos maternos. Era su pequeño: ella lo había parido, ella lo había llevado en su vientre durante 10 largos meses, ella había sido la que había soportado los terribles dolores del parto, ella lo había nutrido con su leche...y por eso no entendía por qué no lo podía querer ni lo podía cuidar. No quería separarse ni un momento de él: soñaba que los dos eran libres y vivían alejados de la urbe, en una casa de campo, rodeados de sol, espigas, viñas y felicidad.

El sueño se cumplió en parte: con el tiempo, el mejor remedio contra las dolencias, Marcia se resignó a aceptar su destino y regresó a la dura realidad de su condición de esclava doméstica, para volver a quedarse embarazada poco después. Tuvo un parto muy complicado y, tras alumbrar a dos niños gemelos, falleció. Agatón, el primero de sus tres hijos, fue el único que continuó al servicio del dueño de su madre: los otros dos niños fueron vendidos, separadamente, cuando cumplieron cuatro años. Tres mil denarios fue el precio que pagaron por ellos.

Esta fue la primera ocasión en la que Agatón sintió que la fortuna le sonreía, pues le gustaba vivir en esa casa y tampoco quería alejarse de los otros esclavos, a los que consideraba su verdadera familia.

Pero la felicidad le duró poco. Exactamente un día, pues al día siguiente, cerca de la hora cuarta<sup>6</sup>, un esclavo vino a buscarlo y se lo llevó a la herrería. Allí le colocaron una argolla con un cartel en el que se leía: *tenemene fucia et revo cameadomnum et viventium in aracallisti*<sup>7</sup>. Esto suponía el fin de los tranquilos días infantiles y el inicio de su dura y prematura etapa laboral. Había llegado el momento de empezar a producir beneficios para el domine. Sólo contaba con seis años.

---

<sup>5</sup> Virgilio, Bucólicas IV, vv. 60-64.

<sup>6</sup> Las 9:00 a.m.

<sup>7</sup> Traducción: Si estoy fugado, apresadme y devolverme a la casa donde vivo.

Agatón apenas pudo dormir un par de horas en toda la noche a causa de la incertidumbre que le provocaba su nuevo destino. De ningún modo quería ir a trabajar al campo y mucho menos a las minas, pues había oído que ése era el peor trabajo que existía: lo único bueno que tenía el trabajo de minero era que en un año o a lo sumo en dos, estabas en el Averno, pues debías pasar la práctica totalidad de tus días sin ver el sol acarreando piedras y minerales o picando en galerías, en donde la única certeza era que en cualquier momento se podía producir un derrumbamiento que lo conduciría a un lugar más oscuro y profundo. Deseaba quedarse a trabajar en la casa o en alguno de los negocios que el dueño poseía en la ciudad, lo que le permitiría seguir viendo a sus compañeros.

Mientras estaba su mente ocupada en estos pensamientos, la diosa Fortuna se le apareció en forma de su anciano abuelo:

- Querido nieto- le susurró como si no quisiera despertar a los otros esclavos que dormían con Agatón - debes estar confiado y tranquilo; abandona tus temores pues yo nunca te voy a abandonar, siempre te voy a ayudar para que puedas subir todos y cada uno de los peldaños que tiene la escalera de tu vida, incluidos los que hayas partido. A cambio tú, debes seguir siempre los consejos que yo te vaya dando, no descuidando nunca el culto a los dioses familiares y evitando caer en la *hybris*<sup>8</sup>, la peor de las faltas que podía cometer un mortal y, lo más importante, una vez que hayas conseguido burlar a tu destino, concede la libertad a todos tus esclavos. Recuerda: aléjate de esa falta funesta, pues la divinidad fulmina con sus rayos a los seres que sobresalen demasiado, sin permitir que se jacten de su condición; en cambio, los pequeños no despierten sus iras, y les permiten consumir sus días con total tranquilidad. No olvides que los dioses siempre lanzan sus dardos desde el cielo contra los mayores edificios y los árboles más altos, pues los dioses tienden a abatir todo lo que sobresale en demasía. Si tu alforja de defectos recibe esta falta, tendrás un peso tan grande que romperás tu escalera. Por eso te suplico que temas siempre lo excesivamente elevado y que recojas las velas de tus proyectos -

---

<sup>8</sup> La soberbia, la desmesura fue en la antigüedad siempre castigada por los dioses. Aracne, Prometeo, Ícaro o Ulises, entre otros, son ejemplos de castigados por los dioses debido a su *hybris*.

Así dijo y Agatón intentó abrazarlo, pero solo pudo atrapar el aire que había entre sus brazos y su pecho, quedándose desconcertado.

Cuando por fin la rosada hija de la mañana se presentó manchando de rosa con sus dedos el negro cielo nocturno, el joven “fullone” ya estaba preparado para recibir la noticia. Temblaba como un niño segundos antes de recibir sus regalos durante la celebración de las Saturnales, esperando recibir juguetes de su agrado, cuando vio aparecer al esclavo encargado de comunicarle la noticia. Volvió a tener suerte: las minas no serían su destino.

- La fortuna me vuelve a sonreír tal y como me había predicho mi querido abuelo- pensó mientras no podía contener una gran sonrisa en su rostro, reflejo de su felicidad.

Su dueño le había asignado como trabajo el reparar, lavar y teñir túnicas y todo tipo de prendas en una **fullonica**<sup>9</sup> de su propiedad situada en la colina del Aventino. La tintorería era una antigua domus reconvertida para el comercio. Tenía un vestibulum<sup>10</sup> amplio, decorado con pinturas de algunos dioses griegos: allí estaba el gran Ares, el cruel dios de la guerra, adornado con un magnífico casco y un escudo redondo; junto a éste se encontraba Afrodita, diosa del amor y esposa del deforme Hefesto, que estaba sosteniendo en su mano derecha una asustada paloma y tenía a sus pies una manzana; en frente de ellos, a modo de vigilantes, estaban Apolo y Hefesto: Apolo, dios de la belleza masculina, de la música y del Sol, tenía un arco en su mano izquierda, una lira de cinco cuerdas en su mano derecha y un carcaj con cuatro flechas colgado en la espalda. Hefesto, el dios del fuego y de los metales, sostenía en su alzada mano derecha un martillo que parecía dirigirse hacia el yunque sobre el que estaba apoyada la lanza que, en ese momento, estaba fabricando. Agatón conocía de memoria la historia del adulterio de Afrodita. Se la había oído contar muchas veces a Lucio, el portero de la casa:

---

<sup>9</sup> Las fullonicas eran las tintorerías de la época.

<sup>10</sup> El vestíbulo era la entrada de la vivienda, una especie de portal entre la calle y la puerta de entrada a la vivienda.

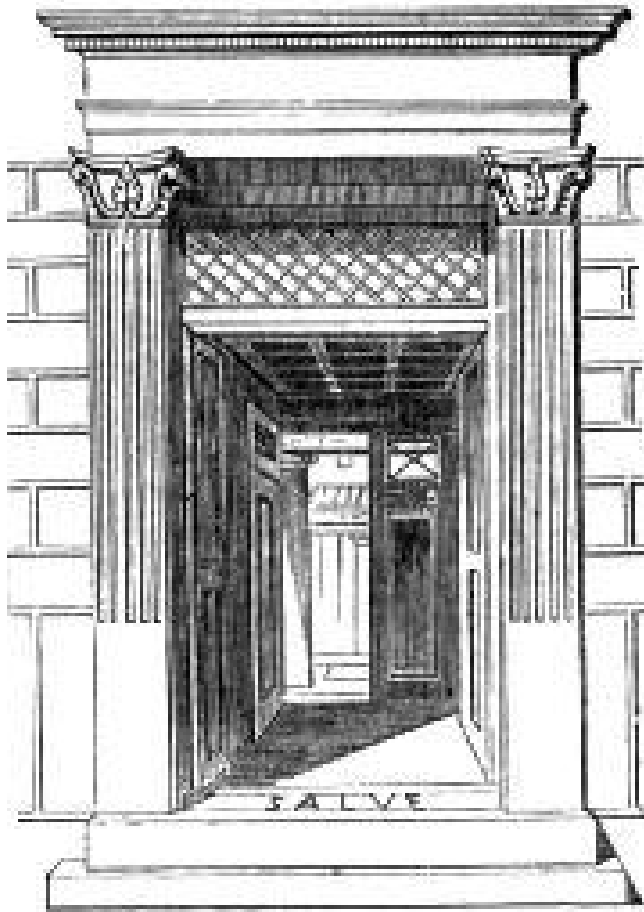
Afrodita, la más bella de las diosas, había recibido como esposo, por disposición de Zeus, al menos agraciado de los dioses, a Hefesto, que era cojo y siempre andaba tiznado y sudoroso debido a su trabajo. Era previsible que la bella diosa del amor engañara a su esposo con jóvenes divinidades de mayor atractivo. Uno de los elegidos fue Ares, un guaperas apuesto y vigoroso. Los encuentros de los dos amantes tenían lugar de noche, a escondidas del esposo, con la complicidad de la Luna. Pero todo engaño acaba saliendo a la luz y, una noche que se demoraron más de lo previsto, dieron lugar a que Apolo, el dios Sol que todo lo ve desde lo alto, les sorprendiera entrando por la ventana en el dormitorio de los dos ocupados amantes.

Apolo, cegado por la envidia, acudió a la fragua para hacer conocer a su “amigo” Hefesto del adulterio que su esposa Afrodita había cometido con el bello Ares. El engañado dios, que algo ya se olía, llevado por la ira que le produjo su orgullo herido, tramó una afrentosa venganza. Valiéndose de su gran habilidad como orfebre les tendió una trampa que consistió en fabricar una finísima red que sólo él podía manejar y que colocó en cada uno de los postes del lecho donde los amantes tenían sus repetidos encuentros furtivos.

Después, anunció a Afrodita que partía para un viaje y que estaría fuera una temporada. La diosa, confiada más que nunca y creyéndose libre como una golondrina, se citó con su amante Ares. Cuando ambos tortolitos estaban desnudos en el lecho, entregados a las artes amorosas, Hefesto, que se encontraba al acecho como un cazador agazapado detrás del matorral esperando a que los perros dirijan al cervatillo hacia su puesto, cerró la fina e irrompible red, aprisionándolos e inmovilizándolos en el tálamo profanado. A continuación, avisó a los demás dioses del Olimpo para que fueran testigos del regocijante y bochornoso espectáculo. Al llegar allí y presenciar el bello cuerpo desnudo de Afrodita, los dioses se quedaron asombrados ante tal belleza, y fueron muchos los que envidiaron a Ares pues deseaban estar aprisionados junto a esa diosa, sin importarles un euro ser el objeto de tal burla.

Cuando Hefesto consintió en retirar la red, tras rogárselo insistentemente el padre de los dioses, la diosa Afrodita escapó avergonzada hacia sus posesiones de Chipre mientras que Ares se dirigió a su tierra de Tracia.





### Reconstrucción de un vestibulum

Nada más cruzar el vestibulum se encontraban las fauces<sup>11</sup>, que desembocaban en el patio descubierto, es decir, en el atrio<sup>12</sup>. Allí se encontraba la prensa empleada para planchar los paños y las túnicas.

En el centro del patio se hallaba el *impluvium*, pila que servía para recoger en una cisterna dispuesta debajo el agua de lluvia, que había sido reconvertido para la limpieza de ropa, transformado en una especie de lagar delimitado por unos muros de unos 30 cm. de altura. Allí se tendía también la ropa puesta a secar al sol. Los cubicula que rodeaban el patio, también habían abandonado su primitiva función, pues ya no estaban destinados

---

<sup>11</sup> Pasillo de acceso principal.

<sup>12</sup> El atrio era un patio cubierto y con una abertura central (compluvium) por la que entraba el agua de lluvia.

a un uso como dormitorios sino que se habían transformado en almacenes. Enfrente a la entrada estaba el tablinium, donde en lugar de recibir a los huéspedes, se recibía a los clientes de la tintorería. En la parte trasera se mantenía el peristilo, un jardín decorado con estatuas y una fuente, que albergaba las pilas de pisado o "saltus fullonici": tres tinajas comunicadas y sin desagüe y cinco pozos. En éstos era donde Agatón y sus compañeros lavaban la ropa pisando los paños sin descanso, por miedo a los latigazos de su jefe, un antiguo esclavo sin escrúpulos que parecía estar devolviendo, con intereses, los latigazos que había recibido en su anterior etapa como trabajador. La fullonica disponía, también, de letrinas y de cocina para sus trabajadores, situadas al fondo del peristilo y muy próximas a sus dependencias. En total, la domus tendría alrededor de 900 m<sup>2</sup>.

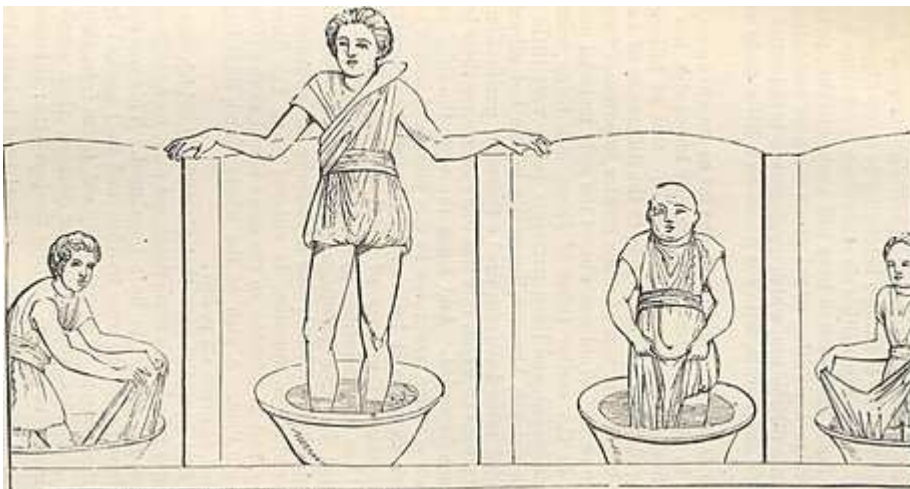
Era un trabajo duro y desagradable. Sobre todo desagradable. La dureza del largo proceso que exigía el lavado de la ropa, a pesar de su corta edad, la soportaba con resignación esclava, pero la soportaba.

Cada vez que entraba una prenda en la tienda, lo primero que tenían que hacer era reparar cualquier desperfecto que pudiera tener la pieza y, una vez arreglado, se atiesaba la ropa sumergiéndola en diferentes tinajas llenas de orina humana mezclada con agua y ceniza y en varios tipos de arcilla, fumigándola con vapor de azufre para identificar los malos teñidos, ya que el azufre los oscurece y los descompone. El amoníaco de la orina, casi siempre procedente de los habitantes de la colina, actuaba como desinfectante y blanqueador del tejido. Una vez lavada a base de pisadas, la siguiente operación era batir y escurrir los tejidos. Para finalizar, las prendas se colocaban en grandes armazones donde se dejaban secar y posteriormente se planchaban en una prensa.

Como hemos dicho más arriba, este costoso proceso era lo que menos le costaba soportar; lo que no soportaba Agatón era tener que respirar ese desagradable y asqueroso olor a amoníaco y azufre que se le metía por las fosas nasales como si fuera una mano taponándole las vías respiratorias, y que le provocaba una sensación de ahogo y de ceguera pasajera. De hecho, en muchas ocasiones había pensado en no volver a respirar para acabar así con esa sensación tan desagradable que él mismo provocaba cada vez que pisoteaba la ropa en la tina llena de orina. Hasta que llegó el día que, tras armarse de valor, decidió poner fin a su suplicio y comenzó a dejar de respirar, pero una voz comenzó a resonar en su interior exhortándole a que siguiera con vida y

dándole una indicación no muy convencional: la voz le decía que no respirara ese aire contaminado porque iba a terminar por ahogarse; tenía que aprender a respirar poniendo él el aire para que al inhalar volviera al mundo, a un mundo en el que ya no olía mal.

Y Agatón aprendió a respirar. Respiraba tan fuerte que rompía el aire cargado de amoníaco y azufre, siendo sustituido por un aire puro y saludable.



Agatón pisando en una tinaja

Gracias a este consejo Agatón acabó por acostumbrarse y, poco a poco, fue ganándose la confianza de su encargado, trabajando con mucho brío y mostrando mucha habilidad para eliminar las manchas más difíciles, hasta que un buen día, cuando el olor de la orina formaba ya parte de su gama de olores como uno más en su pituitaria, consiguió ascender y convertirse en encargado de la tintorería.

Tenía veinte años.

Y habría acabado así su vida si el destino, el manipulador de los hombres, no hubiera movido la cruceta y no hubiera hecho que su amo, el cual carecía de prole,

cuando estaba a punto de bajar al hades<sup>13</sup>, le concediera en primer lugar –como a los otros esclavos- la libertad y que además lo adoptara, cambiando de este modo su vida para siempre.

Fue un giro tan inesperado que Agatón sintió un gran vértigo. La libertad era algo que deseaba y con lo que había soñado durante toda su vida; pero lo que no esperaba era ser nombrado el heredero de todas las posesiones de su antiguo amo. Le parecía que había llegado a la cumbre y que lo había hecho de un modo muy vertiginoso, vamos, a toda vela. Recordó las palabras de su abuelo y por un instante pensó en renunciar a su fortuna y empezar una nueva vida como nuevo hombre libre. Pero el poder y la riqueza ciega a los hombres, incluso a los buenos. Desde esa nueva ubicación la vida se veía mucho mejor: sentía que había llegado a la azotea y que era absurdo bajar para volver a subir, uno a uno, los empinados peldaños de la escalera que conduce al éxito.

Aceptó con agrado su nuevo destino. Agatón decidió entonces dedicar todos sus esfuerzos al negocio. Confiaba en poder sacarle el máximo rendimiento gracias a su propia experiencia.

Años más tarde, reclinado sobre un lecho en el triclinio de su casa, comprendió que esa había sido una de sus mayores equivocaciones ya que tras conseguir su inesperada libertad, el deseo de dinero le había convertido, nuevamente, en esclavo y había hecho que los vengativos dioses fijaran sus ojos en él e intentaran derribarlo.

Conocía a la perfección qué funcionaba bien y qué podía ser mejorado: sabía que para aumentar sus beneficios debía conseguir más materia prima, es decir, más orina, más líquido dorado. Y decidió, siguiendo las palabras del gran Virgilio: “*audaces fortuna iuvat*<sup>14</sup>” apostar en el juego de los negocios para poder aumentar el número de prendas a reparar. Así, en primer lugar, amplió el negocio con la construcción de unos baños privados, con los que, casi con total seguridad, aumentarían sus ingresos metálicos y líquidos, es decir, de orina. Era perfecto, los clientes pagaban unas cuantas monedas por

---

<sup>13</sup> El reino de los muertos, el submundo gobernado por Plutón.

<sup>14</sup> Virgilio, Eneida\_X, 284.

entrar a los baños y además llenaban los tinos con su orina. En segundo lugar, lo cual fue lo más arriesgado por lo novedoso que era, colocó por todas las vías del Aventino grandes recipientes en donde los transeúntes dejaran su contribución en forma de agüita amarilla. Esto supuso una gran revolución para el gremio puesto que, hasta entonces, lo habitual era que cerca de la entrada de las lavanderías se dispusiesen ánforas recortadas y carteles para animar a los transeúntes a orinar en ellas, pero sucedía que muchas veces los peatones necesitaban aliviar su vejiga y no tenían cerca ni unos baños ni una tintorería, por lo que esa orina se desperdiciaba. Además presentaba otra ventaja: al contrario que los baños era gratis. Y tan grande fue el éxito que obtuvo con esta última medida que años más tarde, el emperador Nerón estableció un nuevo impuesto para los tintoreros y curtidores: el *vectigal urinae*,<sup>15</sup> fijado sobre la orina que se recolectaba en las letrinas y vías públicas.

La fortuna, parecía, seguía junto a él. Una vez que los baños estuvieron abiertos y que las tinajas de las vías empezaron a ser utilizadas por los habitantes de la ciudad de un modo regular, Agatón obtuvo más orina de la que necesitaba, la cual vendía a los otros tintoreros de la ciudad, y su negocio y su riqueza empezaron a subir como la espuma del mar producida por la ola chocando contra la roca inhiesta en un día de temporal. Y subieron tanto que consiguió hacerse con otras tintorerías y convertirse, de este modo, en el más importante de los tintoreros de la urbe.

El deseo de dinero creció en él tanto como el dinero en sus arcas y, como a menudo suele suceder, le provocó un efecto metamorfoseador, transformándose en un felino de los negocios, descuidando todo lo demás. Dejó de tener los pies en el suelo y llegó hasta una posición tan elevada que creyó que nada ni nadie estaba por encima de él.

---

<sup>15</sup> Este polémico impuesto fue creado por Nerón pero apenas estuvo vigente. Unos años más tarde, el emperador Vespasiano decidió volver a implantar este gravamen urinario intentando reducir el vacío de las arcas imperiales. Su hijo Tito (el futuro emperador), asombrado por una medida así con una sustancia excrementicia, recriminó a su padre la decisión. Pero Vespasiano cogió monedas de las primeras recaudaciones por el uso del pis y se las dio a oler a Tito diciéndole: "*¿Te parece que esto huele mal?*". Ante la negativa de Tito el emperador sentenció: "*Pues esto es el producto de la orina*". Pecunia non olet: el dinero no huele.

Las fullónicas le habían convertido en un ciudadano muy importante en lo económico, pero no así en la vida social de la ciudad: para los prohombres de la polis seguía siendo un insignificante esclavo que había tenido la fortuna de recibir una gran herencia. De hecho, todavía no había sido invitado a ninguno de los banquetes que se organizaban casi a diario, lo cual no entendía puesto que la realidad era que se había convertido en el poseedor de una de las mayores fortunas de la polis, si no de la mayor. Tampoco entendía por qué ningún ciudadano distinguido acudía a los simposios que él organizaba, a los que sólo venían ciudadanos de segunda y un amplio número de extranjeros.

Decidió contratar a un investigador para que le explicara qué sucedía. Fue así como conoció que existía un rumor infame sobre él. El rumor, el hijo postrero de la madre tierra, había corrido veloz por toda la ciudad como cuando una nave es impulsada en alta mar por huracanados vientos, y había llegado a todos los rincones de la urbe puesto que, como decía el poeta de Mantua<sup>16</sup>, una vez que empieza a correr es imparable, debido a que crece andando y vive de movimiento:

*"Dícese que irritada con los dioses la tierra madre la engendró postrera, fiera hermana de Encélado y de Ceo, tan rápidos los pies como las alas: Vestigio horrendo, enorme; cada pluma cubre, oh portento, un ojo en vela siempre con tantas otras bocas lenguaraces y oídos siempre alertos.*

*Por la noche, vuela entre cielo y tierra en las tinieblas, zumbando y sin ceder al dulce sueño; de día, está en los techos, en las torres, a la mira, aterrando las ciudades.*

*Tanto es su empeño en la mentira infanda como en lo que es verdad. Gozaba entonces regando por los pueblos mil noticias, ciertas las unas, calumniosas otras<sup>17</sup>"*

Y en el caso de Agatón la fama o rumor era una calumnia: se decía que no sólo su dinero sino también el mismo Agatón y su domus<sup>18</sup> olían mal, olían a meados, olían a orina.

---

<sup>16</sup> Es decir, Virgilio.

<sup>17</sup> Virgilio, **La Eneida**, IV ( 173-197).

<sup>18</sup> Casa en latín.

A pesar de que no le podía pedir nada más a la vida, Agatón no era feliz. Ese rumor le afectó mucho. Noche y día se decía sin descanso:

-Esta mentira absurda es la responsable de que sea tratado como un bárbaro. Por el hechizo de Medea, necesito hacer algo para que me acepten como a un igual y empiecen a tratarme como lo que soy: el hombre más poderoso de la urbe-

Hasta que por fin, la invisible avispa de la preocupación, que tanto había zumbado en su mente, le aguijoneó una idea:

- Ya que dicen que yo y todas mis posesiones huelen mal dejaré de prestarles mi apestoso dinero hasta que, agobiados por los acreedores, se arrastren a mis pies.

Además, -continuó pensando-, haré que la orina sea vista no como algo repugnante y que huele fatal sino como un producto sofisticado y exótico. Casi me había olvidado de mi origen celtibérico. Tenemos fama de poseer unos dientes radiantes y blanquísimos, no como estos romanos, que los tienen tan amarillos y sucios que casi no se atreven a sonreír. A partir de mañana ordenaré que todos mis clientes laven sus cuerpos y sus dientes<sup>19</sup> con la orina de mis baños y que sonrían la mayor parte del tiempo-

No hizo falta que transcurriera mucho tiempo para que su plan diera resultado. Marco Tulio, uno de los principales prohombres de la ciudad, necesitaba urgentemente una importante cantidad de dinero y, después de haberlo pedido, sin éxito, a todos los prestamistas de la ciudad, tuvo que tragarse su orgullo y acudir a la casa de Agatón a solicitar, en persona, el crédito. Éste, tras recibirlo en el tablinum, abrió una de las sacas repletas de dinero y la vació sobre las manos abiertas del sorprendido Marco Tulio, al que preguntó sin darle tiempo a reponerse:

-Y bien, venerable Marco, ¿sabrías decirme a qué huele mi dinero?-

Marco, sorprendido por la incómoda pregunta de su anfitrión, respondió:

-Huele a dinero y a tranquilidad para mi mente; huele mejor que la brisa marina de mi residencia de Herculano-, habló exhibiendo una amplia sonrisa.

---

<sup>19</sup> Diodoro Sículo, V, 33, 34.

-Pues este dinero que has tocado con tanto agrado con tus propias manos, querido Marco, procede de la orina de mis negocios y como has podido comprobar no apesta tal y como se rumorea en la ciudad. Por eso, a cambio de concederte este crédito quiero que te encargues de difundir por todos los rincones de la ciudad y por todos los oídos de los hombres más influyentes, que ni mi casa ni yo olemos a orina, producto este, por cierto, que empezarás a utilizar para limpiar tus dientes y tu cuerpo. Marco, si me ayudas a poner de moda el uso de orina para cepillar los dientes, te pagaré una importante suma de dinero.-

Tras unos segundos de silencio, el romano le habló así:

-Agatón-, dijo con voz poderosa,-veo que eres de ese tipo de hombres que ofrecen veneno a los sedientos. He comprobado personalmente que ni tú ni nada de lo tuyo desprende ningún aroma desagradable, pero no esperes que adopte esas costumbres bárbaras. No obstante, te garantizo que mis esclavos y mis clientes utilizarán la orina para su aseo personal y que, cuando me encuentre en presencia de algún prohombre de la urbe, promocionaré los beneficios de tu oro líquido.-

Agatón, agobiado por los rumores, aceptó el trato.

Gracias a su importante posición, Marco consiguió que el rumor que existía acerca de Agatón desapareciera y que el uso de la orina como dentífrico se extendiera entre las familias más acomodadas de la ciudad, las cuales acabaron aceptando a Agatón como uno de los ciudadanos importantes y empezaron a acudir con asiduidad a los banquetes que éste celebraba, como el de esta noche.

Como dijimos más arriba, los invitados estaban ya preparados y poco a poco empezaban a llegar a la casa de nuestro anfitrión, lo cual significaba que la prima vigilia<sup>20</sup> ya había comenzado. Los nomenclatores<sup>21</sup> empezaron a llenar con sus voces poderosas las estancias de la casa. Tras haber sido anunciado el invitado de turno, otro esclavo se encargaba de quitarle el calzado y lavarle las manos y los pies. Una vez que los 36

---

<sup>20</sup> La noche se dividía en cuatro vigilias: 18.00-21.00 h; 21.00-24.00; 24.00-3.00; 3.00-6.00. Por tanto, lo hora de inicio de nuestro banquete estaría en torno a las 20.00 horas.

<sup>21</sup> Esclavos encargados de nombrar a los invitados e indicar el lugar que debían ocupar en el triclinium.



invitados estuvieron reclinados sobre su codo izquierdo en el diván asignado de las cuatro mesas que había en el comedor, Agatón, sentado en el lecho central (*lectus medius*), ordenó a los ministratores<sup>22</sup> que trajeran los entremeses: huevos de pato, ensaladas, salchichas fritas, ciruelas, champiñones, garbanzos, melón, pescados en salmuera y sopa de cangrejos. Siguiendo la costumbre, antes de empezar a probar bocado se realizaron los debidos sacrificios y libaciones a los dioses protectores de la casa. Hecho eso, los invitados empezaron a saciar su apetito llenando sus estómagos con los variados y ligeros alimentos que el cocinero había preparado. A continuación se sirvió la prima mensa, compuesta por cinco platos acompañados de música y danza: dos entradas y tres asados. Los esclavos con aguamaniles no paraban de verter agua fresca y perfumada en las manos de los invitados (sucias por los alimentos que estaban tomando con los dedos) y de secarlas con una toalla.

La primera entrada venía sobre una bandeja adornada con un toro de bronce en cuyas astas estaban colocadas dos alforjas repletas de aceitunas: la de la izquierda contenía aceitunas blancas marinadas y la de la derecha, aceitunas verdes en salmuera. De las partes del toro colgaba una cuerda y al tirar de ella empezaron a caer sepias en su tinta. La segunda entrada se sirve sobre un plato que representaba un reloj solar y en que se habían colocado nueve puerros a la brasa envueltos en col. El gnomon estaba representado por una salchicha de carne de caballo. Tomados estos manjares, algunos de los invitados empezaron a hacer uso de la conocida pluma de pavo<sup>23</sup>. Luego, llegó el turno de los asados: el primer asado que se llevan a la boca es un lechón asado y relleno con hojaldre y miel; a continuación un jabalí enorme relleno de criadillas, riñones y carne picada; por último un pavo real relleno de aceitunas verdes partidas y montado sobre un suelo de lechuga y amapolas salpicado de caracoles. Se produce entonces un intervalo durante el cual los *triclinarii* retiran las mesas y las cambian por otras y echan sobre el suelo serrín. Hecho esto, salen los postres y el vino dulce (*secunda mensa*<sup>24</sup>): uvas, manzanas asadas con frutos secos, piñones y nueces tostadas con miel y pastel de rosas.

---

<sup>22</sup> Esclavos encargados de servir la comida y de satisfacer los caprichos de los invitados.

<sup>23</sup> Para poder seguir disfrutando de la comida, solían introducirse una pluma en la garganta que les hacía vomitar.

<sup>24</sup> Llamada así porque servían todos los platos en una mesa aparte.

Antes de comenzar con la ingestión de bebidas propiamente dicha y con las distracciones previstas, Agatón se dirigió a los invitados con estas palabras:

“Qui potare bib oitestis, ite procul ab his festis, non est locus hic modestis<sup>25</sup>”

El banquete estaba a punto de terminar. Los invitados habían disfrutado de los magníficos platos servidos, de las conversaciones entabladas, de las adivinanzas y, sobre todo, del magnífico vino ofrecido, del que hasta los dioses mismos lo habrían catalogado como “óptimo”.

Pero en uno de los lechos, un invitado permanecía como ajeno a la celebración. Apenas había probado bocado y tampoco había disfrutado con el néctar de Baco, lo cual le supuso que el resto de invitados le hicieran el vacío dejándolo apartado de sus bromas y juegos.

A Jasón, que era así como llamaban al misterioso invitado, no le importaba que sus compañeros de banquete le ignoraran, es más, lo prefería. No siempre había sido así, serio, callado, capaz de no hablar ni mirar durante toda la velada a sus compañeros de lecho. Todo lo contrario: solía contar grandes relatos que hacían que los rostros del auditorio permanecieran tensos, expectantes. Pero el amor, el más antiguo de los dioses, quien da paz a los hombres, la calma al mar, el silencio a los vientos, un lecho y el sueño al dolor, el que preside las fiestas, el principio y lazo de toda sociedad, le había jugado una mala pasada. Y hubiera pasado toda la noche en silencio si Agatón, que lo conocía y sabía que era un gran narrador, no le hubiera pedido que amenizara a los demás convidados con uno de sus relatos. Ante la insistencia del anfitrión, Jasón accedió a relatar una larga historia.

## **BIBLIOGRAFÍA**

APICIO, Marco Gavio, (1986) *De re coquinaria*. Editorial Coloquio. Madrid

---

<sup>25</sup> Los que no podáis beber, marchaos lejos de esta fiesta, aquí no hay lugar para los tímidos.

CARCOPINO, J. (1989) *La vida cotidiana en Roma en el apogeo del imperio*. Temas de hoy. Barcelona.

GÓMEZ MOLERO, J. (2009) *Néctar, ambrosía y unas gotitas de humor*. Merial. Córdoba.

GRAVES, R. (1985) *Los mitos griegos*. Alianza. Barcelona.

GRIMAL, P. (1981) *Diccionario de mitología griega y romana*. Paidós. Barcelona.

HOMERO (1993) *Odisea*. Gredos. Madrid.

LÓPEZ FEREZ, J. A. (Ed.) (1988). *Historia de la literatura griega*. Cátedra. Madrid.

PLATÓN (2004) *El banquete*. Alianza editorial. Madrid.

PETRONIO (1996) *Satiricón*. Akal clásica. Madrid.

SÉNECA (1999) *Diálogos*. Tecnos. Madrid.

SUETONIO (1992) *Vida de los doce césares*. Editorial Gredos. Madrid

VIRGILIO (1969) *Opera*. Editorial Oxford. New York.

VIRGILIO ( 1995) *Eneida*. Cátedra. Madrid.

VIRGILIO (1981) *Bucólicas .Geórgicas*. Alianza Editorial. Madrid.